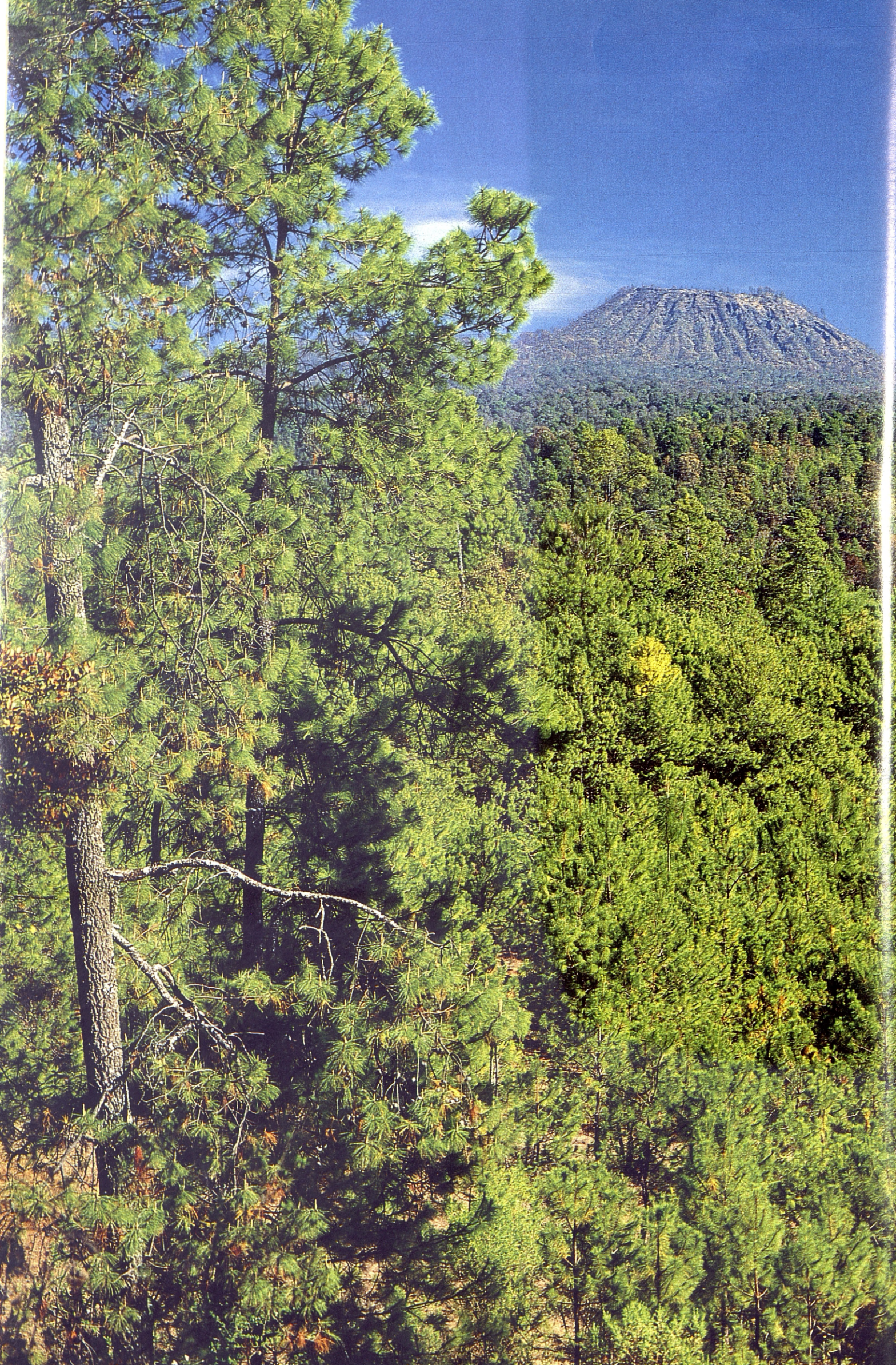






EL MICHHOACÁN
ANTIGUO

*Mexico Meridiana 9727 i reliqui ad
hunc continentem pro ratione 18. 1723.
Paral. 16. 1723.*







ESTADO Y SOCIEDAD TARASCOS
EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

COORDINADORA

Brigitte Boehm de Lameiras

FOTOGRAFÍA

Ricardo Sánchez González

AUTORES

Ulises Beltrán

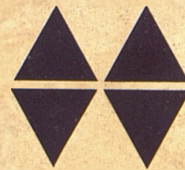
Eduardo Williams
Helen Perlstein Pollard
Efraín Cárdenas García
Dan M. Healan
Marie-Charlotte Arnauld
Marie-France Fauvet-Berthelot
Dominique Michelet
Francisco Valdez
Catherine Liot

PALEOGRAFÍA

J. Benedict Warren
Alberto Carrillo Cázares
Silvia Méndez Hernández



EL COLEGIO
DE MICHOACÁN



GOBIERNO DEL ESTADO
DE MICHOACÁN



ÍNDICE

PRESENTACIÓN
Brigitte Boehm de Lameiras

15

PRIMERA PARTE
ESTADO Y SOCIEDAD TARASCOS
EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

Ulises Beltrán

PREFACIO

31

RECONOCIMIENTOS

33

LAS FUENTES

35

HISTORIA ANTIGUA DE MICHOACÁN

39

MICHOACÁN EN EL CONTEXTO
MESOAMERICANO

55

TARASCOS Y MEXICAS

81

ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LOS TARASCOS:
ESTRATOS DE LA SOCIEDAD TARASCA

91

ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y POBLACIÓN
DE LOS TARASCOS

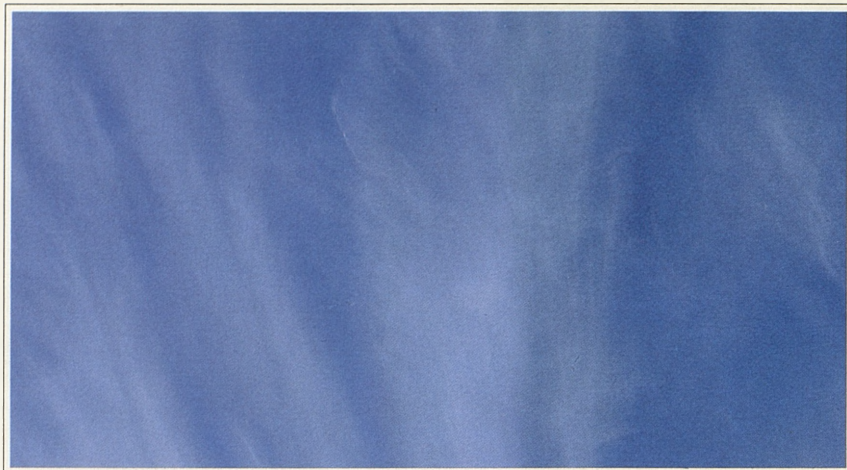
109

TENENCIA DE LA TIERRA Y MANO DE OBRA

123

TRIBUTOS Y CIRCULACIÓN DE BIENES

133



LOS TARASCOS BAJO EL DOMINIO
DE LOS ESPAÑOLES:
PANORAMA GENERAL DEL SIGLO XVI

141

CONCLUSIONES

159

SEGUNDA PARTE
ARQUEOLOGÍA TARASCA

LOS TARASCOS Y SUS ANTEPASADOS:
UNA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

Eduardo Williams

169

FACTORES DE DESARROLLO
EN LA FORMACIÓN DEL ESTADO TARASCO

Helen Perlstein Pollard

1. LA ECONOMÍA POLÍTICA EN LA
METALURGIA TARASCA PREHISPÁNICA

187

2. ETNICIDAD Y CONTROL POLÍTICO EN UNA SOCIEDAD
COMPLEJA: EL ESTADO TARASCO

203

3. LA CONSTRUCCIÓN DE IDEOLOGÍA
EN EL SURGIMIENTO DEL ESTADO TARASCO
PREHISPÁNICO

221

LOS YACIMIENTOS DE OBSIDIANA
DEL ESTADO TARASCO

Efraín Cárdenas García

251

PRODUCCIÓN Y USO INSTRUMENTAL DE LA
OBSIDIANA EN EL ÁREA TARASCA

Dan M. Healan

271

LOS TARASCOS DE MICHOACÁN
Marie-Charlotte Arnauld, Marie-France Fauvet-Berthelot
y Dominique Michelet

277



LA CUENCA DE SAYULA; YACIMIENTOS
DE SAL EN LA FRONTERA OESTE
DEL ESTADO TARASCO
Francisco Valdez y Catherine Liot

285

TERCERA PARTE
APÉNDICE DOCUMENTAL

EL PROCESO CONTRA PEDRO DE ARELLANO, SU
VALOR HISTÓRICO
Benedict J. Warren

335

ACERCA DE LA TRANSCRIPCIÓN
DE ESTE DOCUMENTO
Alberto Carrillo Cázares
Silvia Méndez Hernández

337

EL FISCAL CON DON PEDRO DE ARELLANO,
ESTANTE EN ESTA CORTE, SOBRE CIERTA ACUSA-
CIÓN QUE CONTRA ÉL LE PUSO

339

ÍNDICE DE SIGLAS

443

ÍNDICE DE CUADROS

444

ÍNDICE DE MAPAS

445

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

446

ÍNDICE ONOMÁSTICO

454

ÍNDICE TOPONÍMICO

460



LOS TARASCOS Y SUS ANTEPASADOS: UNA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

El estado de Michoacán, como el resto del occidente de México, es una de las regiones de Mesoamérica menos conocidas arqueológicamente. Las investigaciones han sido escasas y aisladas entre sí, por lo cual durante mucho tiempo se han ignorado los aspectos más básicos de la historia cultural prehispánica dentro de la región dominada antiguamente por los tarascos.¹ En años recientes, sin embargo, nuevos trabajos arqueológicos se han sumado a los ya existentes, para ir completando poco a poco una visión cada vez más detallada de lo acaecido en esta región en tiempos prehispánicos. En la primera parte del presente artículo se intenta dar una visión general de los conocimientos que actualmente poseemos, gracias a las más recientes investigaciones arqueológicas, sobre las culturas anteriores a los tarascos. En la segunda parte se aborda el tema del urbanismo prehispánico en Tzintzuntzan, capital del Estado tarasco.

ANTECEDENTES ARQUEOLÓGICOS DEL ESTADO TARASCO

PERIODO FORMATIVO TEMPRANO (ca. 1500-500 a.C.)²

Una vez que la agricultura se consolidó como la forma de subsistencia principal en Mesoamérica, alrededor del segundo milenio antes de nuestra era, aparecieron las primeras aldeas permanentes. Según Sabloff (1989: 25), antes de finalizar el segundo milenio

antes de Cristo ciertos sitios empezaron a mostrar una creciente complejidad cultural; apareció la arquitectura pública, junto con estructuras y artefactos que parecen haber tenido significado religioso o ritual. Mountjoy hace algunas observaciones sobre el formativo en la llanura costera del occidente de México, que probablemente pueden hacerse extensivas al resto de esta subárea cultural:

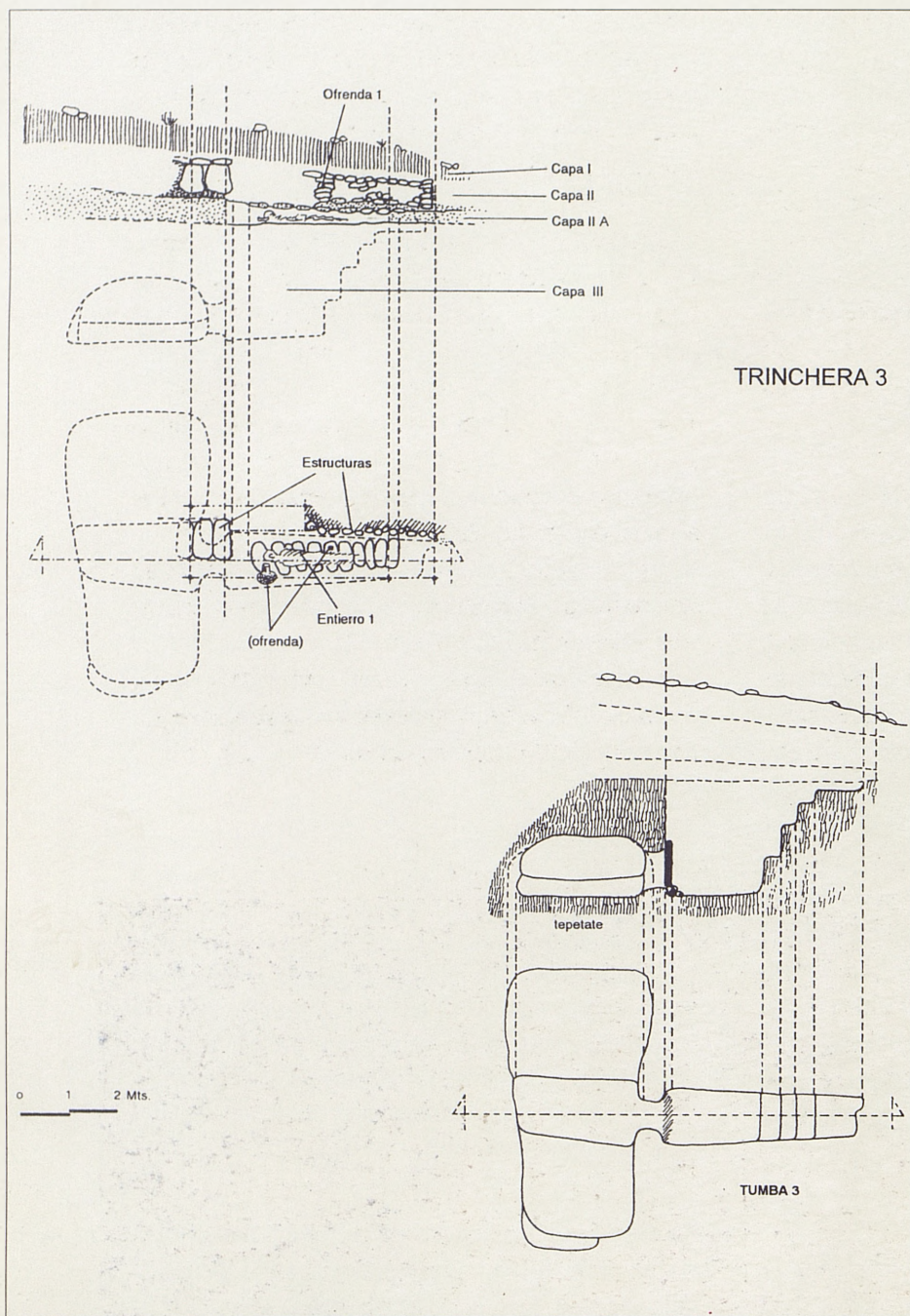
El patrón preclásico de adaptación probablemente tuvo éxito en parte porque incluía la práctica de la agricultura en combinación con la amplia explotación de recursos naturales [...] gran variedad de animales y [...] de plantas silvestres [...] el preclásico no llegó más allá de un nivel socio-económico-político caracterizado por un patrón de asentamiento de un pueblo principal con unas aldeas asociadas, y una religión enfocada en el culto a los muertos (Mountjoy 1989: 22).

En Michoacán los desarrollos culturales del formativo temprano están representados por El Opeño, un sitio aldeano del cual hasta la fecha solamente se conocen sus tumbas y los objetos colocados en ellas como ofrenda. Estas tumbas podrían ser el antecedente más antiguo de las "tumbas de tiro" características del occidente de México. Pudieron haber funcionado como criptas familiares, con entierros

¹ Ver a Williams (1993) y a Macías Goytia (1988) para dos distintos resúmenes sobre la historia de las investigaciones arqueológicas en Michoacán.

² Los términos *formativo*, *clásico*, *posclásico* y sus equivalentes se emplean en un sentido meramente cronológico, sin implicaciones de desarrollo cultural para cada época.

◀ VASIJA CON "BOCA DE ESTRIBO" PROCEDENTE DE
CHUPÍCUARO, GUANAJUATO



▲ CORTE Y PLANTA DE TUMBAS DE EL OPEÑO, MICHOACÁN.

múltiples, pues hay evidencia de reutilización en la antigüedad (Oliveros 1974: 195). La cerámica de este sitio consiste en cuencos sencillos y ollas chicas, decorados con líneas incisas, con punzonado y con aplicaciones del mismo barro, muy similar a la encontrada en Tlatilco, Estado de México, sitio más o menos contemporáneo con El Opeño. Las ollas tienen decoración pintada al negativo (rojo o negro), que puede ser el antecedente más antiguo de la cerámica tarasca decorada con esta misma técnica

Oliveros 1989: 126-127). Las fechas obtenidas por C_{14} dieron un rango de tiempo en torno a los 1500 años a.C., que parece coincidir con periodos de considerable actividad volcánica que cubrieron de ceniza los sitios de ubicación de las tumbas, y tal vez los lugares de habitación contemporáneos, haciendo hasta ahora muy difícil la localización de estos últimos (Oliveros 1992: 241-244).

Entre las ofrendas encontradas en las tumbas de El Opeño destacan las figurillas depositadas en la tumba tres, las cuales

por su especial vestimenta y la dinámica de sus posiciones, hacen suponer que se trata de un equipo de jugadores de pelota y sus acompañantes: cinco hombres de pie con una protección acolchada en torno a una de sus pantorrillas y en sus manos un "bastón" o "macana" para golpear la pelota (Oliveros 1989: 128).

De hecho, parece ser que las evidencias del juego de pelota que se tienen en el occidente de México son de las más antiguas en Mesoamérica, pues aparte de las ya mencionadas figurillas de El Opeño se han encontrado otras que también representan a jugadores de pelota, procedentes de Xochipala, Guerrero, y con una antigüedad de ca. 1500-1200 a.C (Leyenaar y Parsons 1988: 25-26). Este juego de pelota primitivo posiblemente se practicó en el occidente sin la utilización de canchas formales, pues la evidencia más antigua de este tipo de arquitectura, al menos en Jalisco, no se remonta sino hasta el siglo VI a.C (Weigand 1991: 73).

Otro complejo arqueológico de gran importancia es el de Capacha, Colima, contemporáneo al de El Opeño, y con el cual parece haber tenido fuer-

tes lazos culturales. La fecha de C14 que se tiene para el material Capacha es de ca. 1450 a.C., que se confirma indirectamente por el fechamiento obtenido para El Opeño, y por semejanzas entre la cerámica de ambos sitios (Kelly 1970: 28). Según Greengo y Meighan (1976: 15), Capacha tiene doble importancia, pues es el horizonte cerámico más antiguo de la región Colima-Jalisco-Nayarit, y cuenta entre sus formas características de cerámica a las vasijas con boca de estribo, que sugieren afinidad con las piezas similares encontradas en contextos del formativo, tanto en México como en la zona andina. La distribución de cerámica Capacha hasta ahora se ha documentado en una zona relativamente amplia, que abarca, aparte de Colima, los estados de Jalisco, Nayarit, Sinaloa, Michoacán y Guerrero (Kelly 1980: 22).

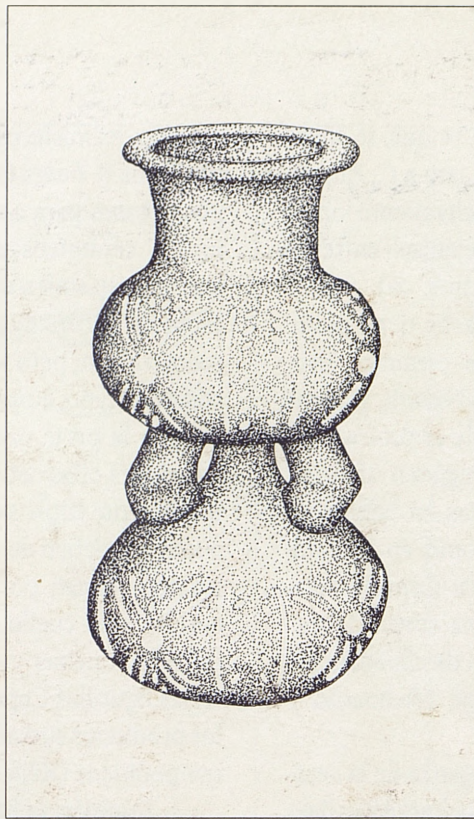
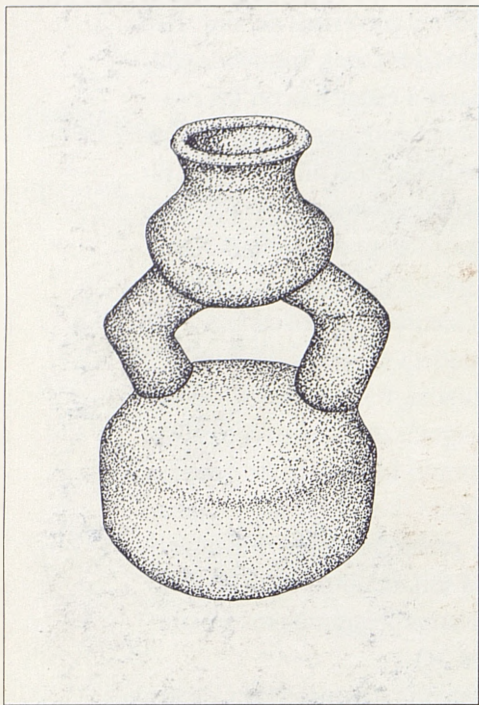
Según Kelly (1980: 29), la semejanza de la cerámica de Capacha con el resto de Mesoamérica es ligera, y aparentemente no fundamental, aunque, como ya se dijo, existen lazos evidentes con la fase Opeño

del sitio del mismo nombre, y con el mal definido estilo Tlatilco. Fuera de estos dos casos, contamos con pocas bases para comparar a Capacha con los conjuntos cerámicos estrictamente mesoamericanos que corresponden más o menos a la misma fecha. El estilo de la cerámica Capacha, entonces, no es mesoamericano, pero tampoco se podría definir como sudamericano, aunque tiene ingredientes que lo vinculan a la parte noroccidental de Sudamérica. Sus peculiares ollas con vertedera en forma de "estribo" usualmente triple son únicas. Por otra parte, ciertas ausencias deben de ser significativas, pero son difíciles de explicar, por ejemplo la escasez de botellas con un solo cuello delgado, así como del esgrafiado con conchas y del *rocker stamping*. Finalmente, las figurillas Capacha son totalmente distintas de los productos sudamericanos presumiblemente contemporáneos (Kelly 1980: 37).

También se han encontrado materiales de los complejos Capacha y Opeño en las siguientes regiones: costa de Michoacán (Cabrera 1989: 138); cuenca

▼ FIGURILLAS DE EL OPEÑO DEPOSITADAS COMO OFRENDA FUNERARIA DENTRO DE UNA DE LAS TUMBAS.





▲ VASIJAS DE CAPACHA, COLIMA: UNA CON BOCA DE ESTRIBO, Y OTRA CON TRES TUBOS UNIENDO LAS PARTES INFERIOR Y SUPERIOR, Y DECORACIÓN DE LÍNEAS INCISAS.

del río Tomatlán, Jalisco (Mountjoy 1982: 325); área de Etzatlán-Teuchitlán, Jalisco (Weigand 1992: 221).

La información con que contamos para los periodos aldeanos más tempranos del occidente de México —El Opeño y Capacha— se limita a objetos de cerámica y de otros materiales (hueso, concha, piedra), a algunas tumbas en el caso de El Opeño, y a muy poco aparte de eso. Es evidente que mientras no tengamos una base de datos más amplia, que incluya patrones de asentamiento, arquitectura doméstica y ritual, rutas de intercambio con otras áreas, etcétera, no podremos rebasar el enfoque meramente descriptivo al hablar de este periodo dentro del occidente de México.

PERIODO FORMATIVO TARDÍO

(ca. 500 a.C.-0 d.C)

Durante el siguiente periodo, el formativo tardío, contamos ya con una base de datos más amplia que permite la comparación sistemática con otras áreas de Mesoamérica, tanto de estilos cerámicos como de otros elementos culturales, incluyendo patrones de asentamiento, formas de subsistencia, estratificación social, etcétera. El sitio mejor conocido del oc-

cidente en este periodo es Chupícuaro, Guanajuato, situado en la cuenca sur-oriental del río Lerma.

La gente de Chupícuaro construyó pocas estructuras más elaboradas que simples casas de bajareque con suelos de arcilla, y algunos drenajes cubiertos de piedra. Según Beatriz Braniff (1989: 108), los ejemplos de arquitectura de carácter cívico o religioso en este sitio —que son pocos— se concentran en el sur del estado de Guanajuato, y constan de una plataforma rectangular con construcciones superpuestas que recuerda la de Tlapacoya, y una versión de la geometría tetraespacial, aunque falta un lado. Estas estructuras pueden considerarse monumen-

tales, pues alcanzan entre 80 y 120 m por lado. Además existe una pirámide circular en Chupícuaro, y una construcción circular en la región de Salvatierra, Guanajuato.

Chupícuaro fue un sitio habitacional en el cual los metates y manos indican el método común de procesar el maíz. La caza probablemente seguía siendo importante, aunque los artefactos o armas de piedra no fueron numerosos. Sin embargo, ésta no fue una existencia libre de conflictos para los habitantes de la región, a juzgar por los “cráneos trofeo”, los esqueletos decapitados y los entierros de cráneos aislados encontrados en Chupícuaro (Porter Weaver 1969: 8).

La tradición cerámica de Chupícuaro es una de las más conocidas del occidente; incluye figurillas de cerámica decoradas con motivos geométricos, así como una gran variedad de formas de vasijas, incluyendo la “boca de estribo”.

Este sitio jugó un papel importante durante la fase Tezoyuca o Cuicuilco IV (ca. 200-100 a.C.), enviando al valle de México grandes cantidades de figurillas antropomorfas del tipo H4 y de “ojos rasgados”, así como las características vasijas policromadas. La tradición Chupícuaro ejerció gran presión sobre la cuenca de México, contribuyendo al colapso de



▲ VASIJA DE CERÁMICA DECORADA PROCEDENTE DE LOMA ALTA, MICHOACÁN.

Cuicuilco (Porter Weaver 1969: 9). La ocupación humana en el área probablemente llegó a su fin hacia el inicio de la era cristiana, aunque la tradición rojo sobre bayo que persiste en el “horizonte tolteca” conserva algunos motivos, estilo y técnicas notablemente parecidas a los de Chupícuaro, aplicados sobre formas distintas (Porter Weaver 1969: 14; ver también Braniff 1972).

El río Lerma forma un corredor natural hacia áreas del occidente de México accesibles desde el centro del país. Puesto que este río ofrece una línea de comunicación bien definida y de fácil tránsito, es razonable suponer que el asentamiento inicial hubiera tenido lugar sobre los márgenes del río. Además de la fácil comunicación, los arroyos tributarios del Lerma ofrecieron nichos ambientales únicos, adaptables a la tecnología agrícola traída por los pioneros (Florance 1985: 43). La observación de prácticas modernas de irrigación es sugerente del potencial prehispánico de esta cuenca aluvial. Actualmente existe un sistema simple, que utiliza una pequeña presa y canales poco profundos, excavados

con la mano, que desvían agua del arroyo hacia el aluvión. Existe posible evidencia de este tipo de sistema temprano de riego en un sitio arqueológico del complejo Chupícuaro (Florance 1989: 44).

La cronología de ocupación dentro del formativo tardío y terminal en la cuenca del río Lerma sugiere una subsistencia basada en la agricultura sedentaria. La consideración de factores ambientales en relación con la distribución de asentamientos no deja duda de que los lugares para asentarse se escogieron principalmente por la proximidad a micro-nichos donde la productividad agrícola podía ser maximizada y los riesgos agronómicos minimizados, de acuerdo con la tecnología existente (Florance 1989: 565).

La comparación de asentamientos del formativo tardío y terminal en el sureste de Guanajuato con los de la cuenca de México reveló que los tipos más pequeños de sitio identificados en la cuenca—caseríos, caseríos pequeños y *loci* de una sola familia—predominan en esta porción del occidente de México. Los asentamientos del formativo en el

suroeste de Guanajuato, lejos de representar un sistema cultural dominante en la región, reflejan a simples aldeas agrícolas con escasa complejidad sociopolítica. Pueden entenderse como componentes de un sistema cultural autóctono, centrado en una de las cuencas lacustres asociadas con el Bajío (Florance 1989: 683-685; ver también Braniff 1989).

Se han encontrado restos cerámicos de estilo Chupícuaro en una muy extensa región de Mesoamérica, desde La Quemada, Zacatecas, en el norte, hasta Gualupita, Morelos, en el sur (McBride 1969: 33). Después del fin del apogeo de Chupícuaro, este estilo cerámico no desaparece por completo, sino que perduró —aunque modificado— hasta el posclásico, por ejemplo en el tipo rojo sobre bayo, entre otros (Braniff 1972: 295).

PERIODO CLÁSICO

(ca. 300-900 d.C.)

Hasta hace algunos años era muy poco lo que se conocía sobre el desarrollo cultural en Michoacán durante este periodo. Gracias a recientes investigaciones, sin embargo, esta laguna empieza a desaparecer en nuestro conocimiento.

Los sitios conocidos como “las Lomas” en la gran ciénega de Zacapu fueron ocupados durante aproximadamente los ocho primeros siglos de nuestra era, siendo después prácticamente abandonados. No sabemos si vivía ahí la gente en pueblos o caseríos, o bien si iba a las Lomas desde otro lugar únicamente para llevar a cabo ciertas actividades especializadas. La abundancia de vestigios funerarios hace pensar en una ocupación especializada para estas actividades y para otras igualmente de tipo ritual, aunque es muy probable que la gente que iba a honrar a sus muertos a las Lomas también supiera explotar los recursos palustres y lacustres de éstas (Arnauld *et al.* 1993: 208).

Por otra parte, existen pruebas de que la gran masa de Loma Alta (la mayor de las lomas) está constituida en su mayor parte de rellenos antrópicos contenidos por decenas de metros de muros de sostén. Loma Alta es un sitio único en su tipo, un pueblo o centro ceremonial de una importancia excepcional en el plano sociopolítico y religioso. Los sistemas de construcción dan prueba de la movilización de una mano de obra importante y

competente (Arnauld *et al.* 1993: 209-210). El material cerámico de este sitio refleja una gran calidad y un alto control técnico, particularmente en los tipos negativos, además de una muy compleja iconografía que nunca fue superada en las fases posteriores (Carot 1994: figuras 5-7; 1992: figuras 7-13).

Carot y Susini (1989) reportan para Loma Alta una práctica funeraria hasta ahora desconocida en occidente y, al parecer, en el resto de Mesoamérica: la pulverización de osamentas previamente calcinadas a alta temperatura y su disposición en urnas depositadas en fosas. En total fue descubierto un conjunto de 31 recipientes (28 urnas y 3 vasijas semi-esféricas), de los cuales fueron extraídos y tamizados más de 100 kg de cenizas provenientes de la cremación y pulverización de huesos; pero es imposible determinar si se trata de restos humanos o animales. Puede suponerse que los hornos de cremación se encontraban al aire libre, como los descubiertos en Snaketown, Arizona (Carot y Susini 1989: 112-115).

El periodo clásico está representado en la cuenca de Cuitzeo por la cerámica proveniente de Queréndaro, misma que presenta una técnica decorativa poco conocida en Mesoamérica que consiste en aplicar la pintura después del cocimiento y luego marcar y raspar los diseños, predominantemente geométricos. Las figurillas son muy similares a las de Chupícuaro, por lo que se les considera como pertenecientes a una cultura desarrollada desde el formativo. Esta clase de cerámica se ha identificado como diagnóstica del Bajío y de parte del occidente (Macías Goytia 1989: 174).

El sitio de Loma Santa María, localizado en las afueras de la actual ciudad de Morelia, ha dado información muy valiosa sobre el desarrollo local durante el periodo clásico. La ocupación de este sitio probablemente se inició con una cultura preclásica local, cuyas técnicas decorativas de la cerámica la ligan con el rojo sobre crema y la alfarería policroma de Chupícuaro. En este sitio se encontraron indicios de una fuerte interacción cultural con la cuenca de México, excavándose en los niveles estratigráficos medios y superiores cerámica de tradición teotihuacana, perteneciente a las fases II, IIA y III. Posiblemente a través de esta relación con el centro de México se obtuvieron otros materiales de varias áreas de Mesoamérica, como la alfarería rojo sobre rosa-blanco de Morelos, la anaranjado delgado que al parecer se fabricaba en Puebla, y algunos vasos y ju-

guetes con ruedas procedentes del Golfo. Por otra parte, el sistema constructivo, aunque sencillo, es muy similar al estilo *talud-tablero* de Teotihuacán (Manzanilla 1988: 153-155).

El sitio de Tinganio, en el municipio de Tingambato, Michoacán, parece haber tenido dos épocas de ocupación, la primera entre el 450 y el 600 d.C. y la segunda entre el 600 y el 900 d.C. En la última se introdujo un estilo arquitectónico que se ha interpretado como parecido al teotihuacano. La ubicación del sitio se escogió no solamente por ser un lugar privilegiado con abundante vegetación y agua, sino también porque era un punto estratégico entre las regiones fría y caliente, capaz de servir de lazo de unión a los pueblos de ambas regiones, como sucedió en tiempos coloniales. Entre los materiales intercambiados pueden mencionarse los siguientes: caracoles y conchas marinos del Pacífico, turquesa, pirita, jade, y otras materias primas (Piña Chan y Oi 1982: 93-99).

Sería erróneo pensar que el occidente fue tan fuertemente influenciado por las culturas del centro de México durante el clásico como otras regiones de Mesoamérica, notablemente el valle de Oaxaca, las tierras altas de Guatemala o la costa del Golfo; esto es evidente al ver el cuadro de distribución de rasgos teotihuacanos en Mesoamérica presentado por Santley (1983: cuadro 2). Los hallazgos de cerámica teotihuacana en occidente aparte de los ya mencionados han sido escasos, limitándose a diversas partes de Colima (McBride 1975; Meighan 1972; Matos y Kelly 1974). En Jalisco y Nayarit la situación ha sido resumida por Weigand (1992: 227-228) con las siguientes palabras: "de la misma manera que el formativo en el occidente de Mesoamérica estuvo bastante libre de influencias artísticas olmecas, los periodos clásicos de la misma área muestran notablemente pocas influencias del centro de México".³

Finalmente, las palabras de Michelet (1990: 288) sirven para resumir lo poco que sabemos sobre Michoacán durante el periodo clásico:

Mucho se ha dicho que Michoacán antes del horizonte tarasco se caracterizaba por una fuerte fragmentación geo-cultural. Hoy empezamos a creer que esta visión del clásico michoacano era tal vez sencillamente la consecuencia de la escasez de trabajos arqueológicos [...] Si bien no existió una fuerza centripeta potente antes del surgimiento del imperio tarasco, ciertas tendencias unificadoras se manifestaron a lo largo del primer milenio de nues-

tra era [...] La región de Zacapu [...] alcanzó incluso una pizca del prestigio de Teotihuacán.

Todavía carecemos de datos suficientes para establecer un modelo más o menos completo del desarrollo cultural prehispánico en el occidente de México, y una de las regiones menos conocidas es Michoacán durante los periodos formativo y clásico. La información presentada en las páginas anteriores no debe tomarse como una secuencia unilineal de evolución cultural, sino solamente como un esfuerzo de sintetizar los principales hallazgos, que han ido poco a poco llenando las lagunas en nuestro conocimiento.

URBANISMO PREHISPÁNICO EN TZINTZUNTZAN

Según Helen P. Pollard (s.f.), durante el periodo posclásico (900-1520 d.C.) ocurrió una importante transformación entre las poblaciones de las tierras altas del centro de Michoacán. Por primera vez comunidades previamente autónomas se unificaron políticamente, y la cuenca del lago de Pátzcuaro se transformó en el núcleo geográfico de un imperio expansionista. Las excavaciones realizadas por Pollard en 1991-1993 en el sitio de Urichu, en la cuenca de Pátzcuaro, proporcionan nueva información acerca del periodo posclásico, concretamente sobre la formación del Estado en esta zona. Según Pollard (s.f.), durante el periodo 1000-1200 d.C. (posclásico temprano) en la cuenca de Pátzcuaro coexistían diez comunidades autónomas, cada una organizada internamente de manera estratificada y gobernada por una pequeña élite. Estas sociedades variaban en el tamaño de su población y territorio, así como en el grado de acceso a tierras irrigables, y en el nivel de especialización económica y de complejidad política. En algún momento dentro de este periodo, cambios climáticos menores ocasionaron la subida del nivel del lago, probablemente debido a una mayor precipitación pluvial, aunada a menor evaporación. Como consecuencia de lo anterior, la tierra irrigable se vio reducida (ver Pollard s.f.: cuadro 1).

³ Para una discusión más amplia de este tema, ver Williams (1994).



▲ FIGURILLA ANTROPOMORFA DE EL OPEÑO.

Pátzcuaro y Tzintzuntzan eran los asentamientos de la cuenca que más dependían de la tierra irri-gable, por lo cual las élites de guerreros de estos sitios dirigieron a sus poblaciones en la conquista de las comunidades vecinas, asegurándose de esta manera recursos adicionales, pero también incrementando el grado de desigualdad sociopolítica entre y dentro de las comunidades. Para el año 1350 d.C. todo el tributo y botín de las campañas militares estaba fluyendo hacia Tzintzuntzan, y la cuenca se encontraba unificada tanto en su estructura interna como

en su territorio, bajo el control político de la élite residente en esta ciudad (Pollard s.f.).

El Estado tarasco fue la sociedad prehispánica que alcanzó mayor complejidad sociopolítica en el occidente de México (ver Gorenstein y Pollard 1983; Williams 1994; Pollard 1993), y este gran desarrollo se refleja en el grado de urbanismo alcanzado en Tzintzuntzan, la ciudad capital. Hacen falta, sin embargo, mayores estudios acerca del carácter urbano de este centro, en comparación con la atención dedicada a otras urbes de Mesoamérica, tanto del pos-clásico como anteriores.

Según Marcus (1983: 196), un problema en el estudio de las ciudades mesoamericanas es el prejuicio inconsciente que resulta de nuestro mejor conocimiento de las ciudades del México central (como Teotihuacán, Tula y Tenochtitlán) que de otros sitios. En la mente de algunas personas, estos grandes centros, con sus particulares tradiciones regionales y su aspecto fundamentalmente comercial, se han convertido en el modelo de lo que debe de ser una ciudad mesoamericana. Esto es desafortunado, puesto que ninguna otra urbe prehispánica es exactamente igual a ellas.

Sanders y Webster (1988) han basado sus investigaciones sobre el urbanismo en Mesoamérica en una definición sociológica de la ciudad, propuesta por Louis Wirth. Este autor define a las ciudades como asentamientos que cuentan con tres rasgos principales: 1) gran tamaño de población; 2) población densa y nucleada; y 3) alta heterogeneidad interna. Atributos secundarios y derivados son el secularismo, el anonimato y la movilidad tanto vertical como espacial. La heterogeneidad se refiere a una gran gama de estilos de vida producida por diferencias en el poder político, en la riqueza y en la afiliación grupal, así como a los distintos estatus económicos y papeles de la población (Sanders y Webster 1988: 521, citando a Wirth [1938]). Hasta donde se ha podido comprobar a través de la arqueología y de la etnohistoria, todo parece indicar que Tzintzuntzan reúne ampliamente los requisitos para ser clasificada como centro urbano de primera magnitud (Gorenstein y Pollard 1983; Pollard 1993; Castro Leal 1986).

► FIGURILLA ANTROPOMORFA DE CERÁMICA, DECORADA CON MOTIVOS GEOMÉTRICOS, PROCEDENTE DE CHUPICUARO, GUANAJUATO.

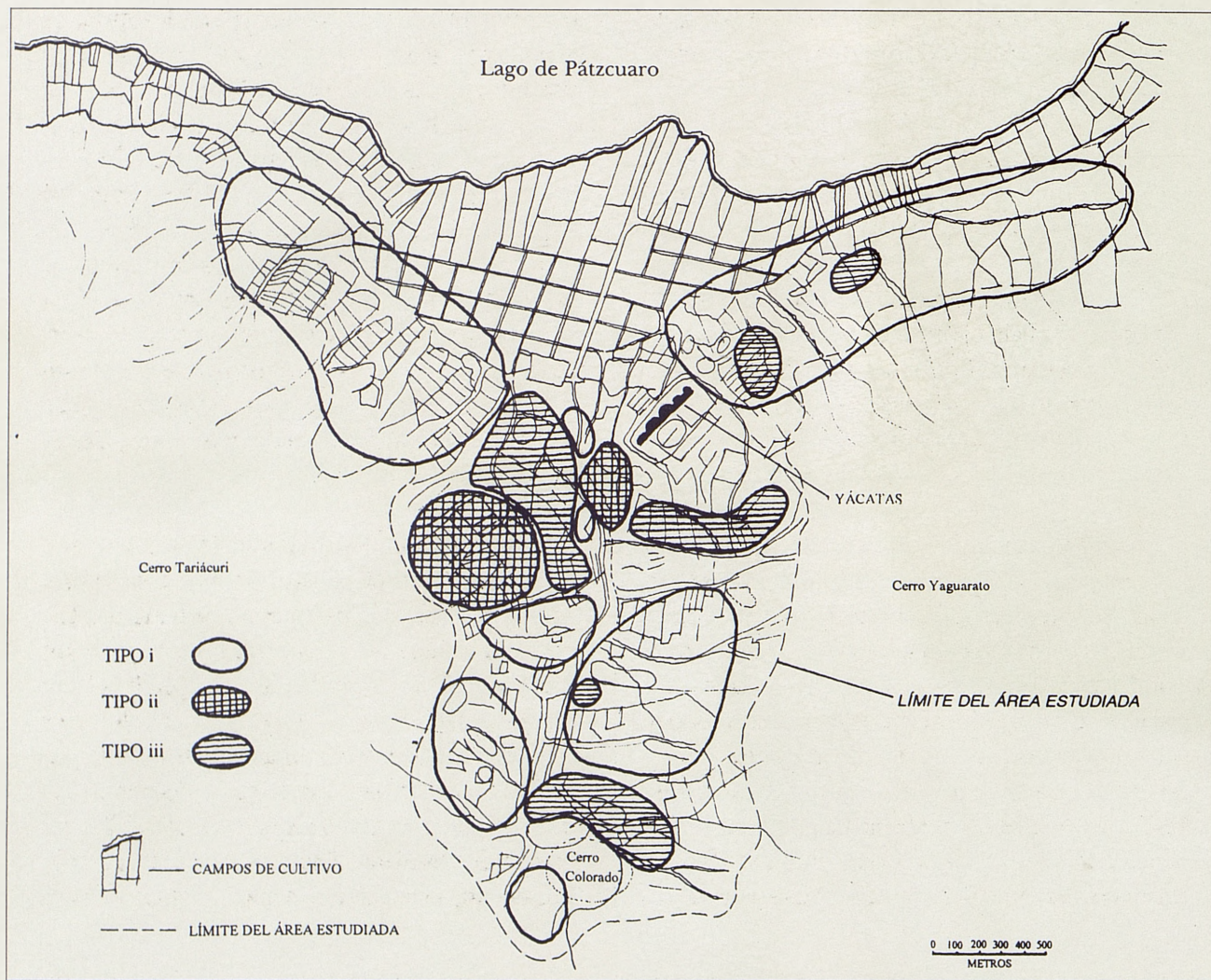


El modelo de urbanismo propuesto por Richard Fox define a una ciudad simplemente como un *lugar central* donde se concentran una variedad de actividades que pueden ser político-administrativas, económicas, o meramente ceremoniales o rituales. Fox se interesa solamente por lugares centrales que son ocupados permanentemente por gente con actividades diferenciadas en lo funcional de las de la mayoría de la población, y que además ejercen un grado inusual de toma de decisiones de tipo ritual, político o económico. Fox presenta una tipología funcional de centros urbanos, y tres de sus tipos (*ciudad real-ritual*, *ciudad administrativa* y *ciudad mercantil*) se encuentran en sociedades preindustriales (Sanders y Webster 1988: 523, citando a Fox [1977]). En términos generales, Tzintzuntzan funcionó como ciudad administrativa y probablemente también como real-ritual, lo cual se verá más adelante. A continuación se cita la definición que Sanders y Webster (1988: 525) hacen de la ciudad administrativa:

La función principal de este tipo de centro es política. Las ciudades administrativas son las capitales de Estados, o bien centros de administración en sistemas políticos que consisten de múltiples centros urbanos [...] estas [ciudades] son grandes y complejas, puesto que los sistemas políticos a los que prestan servicios [...] son grandes, tienen una estructura burocrática, y están altamente centralizados [...] Las ciudades administrativas sirven como lugar de residencia no sólo de la familia gobernante y de la aristocracia hereditaria, sino también de una multitud de funcionarios y de sus familias, junto con una clase militar profesional, todos ellos mantenidos por los impuestos obtenidos del territorio. Internamente la ciudad es altamente estratificada.

Sin embargo, Warwick Bray (1972: 165) señala que el definir a una ciudad en términos meramente políticos enmascararía las grandes diferencias que existen entre la capital de un Estado relativamente

▼ MAPA 1. LA CIUDAD DE TZINTZUNTZAN, ESQUEMA DE URBANIZACIÓN. FUENTE: POLLARD 1993.



pequeño, que podría describirse como pueblo (o incluso como aldea grande) y la capital de alguno de los pocos sistemas políticos mesoamericanos que controlaban áreas extensas de territorio, cuyos centros principales eran, bajo cualquier criterio, grandes ciudades. Las diferencias entre un pueblo y una ciudad no solamente son de tamaño y de estatus; también incluyen, entre otros factores, las actividades llevadas a cabo en cada uno de estos tipos de asentamiento.

El sitio prehispánico de Tzintzuntzan se localiza sobre el margen sur del brazo norte del lago de Pátzcuaro. Las tierras ocupadas por la ciudad en el periodo protohistórico (ca. 1450-1521 d.C.) están dentro de dos zonas ambientales: los márgenes del lago y las cuevas bajas de la sierra. Se estima que esta ciudad ocupó una superficie de por lo menos 6.74 km², y su población prehispánica se calcula en unos 25,000-35,000 habitantes. La densidad de población sería de 4,452 personas por km² en la periferia y de 7,500 personas por km² dentro de las zonas residenciales (Pollard 1993: 31-33).

Se han identificado tres categorías de zonas dentro de Tzintzuntzan: residenciales (mapa 1), de manufactura, y públicas. A continuación se discuten brevemente cada una de ellas.

1. *Zonas residenciales.* Se definieron arqueológicamente por la presencia de material de piedra y de cerámica, indicativo de preparación, servido y almacenamiento de alimentos. Las zonas residenciales del tipo I se interpretaron como barrios de plebeyos o de gente de bajo estatus dentro de la ciudad. Las zonas residenciales del tipo II parecen haber sido ocupadas por el grupo social más elevado de Tzintzuntzan, incluyendo al rey (conocido como *cazonci*) y a su familia. Se agrupan en dos unidades, que incluyen doce sitios al sur-oeste de la plataforma principal. Las zonas residenciales del tipo III se interpretan como de estatus medio (aunque esto no debe confundirse con el concepto de una "clase media"). Probablemente representan al sector inferior del grupo de mayor estatus en la estructura social de Tzintzuntzan. Finalmente, una zona de tipo IV (que no aparece en el plano adjunto) pudo haber estado ocupada por un grupo étnico no tarasco que residía en la ciudad, probablemente otomí o matlatzinca (Pollard 1993: 34-42). De hecho, no sería nada sorprendente que Tzintzuntzan hubiese contado

con una población de gente de otras partes residiendo en la ciudad, pues varias urbes mesoamericanas también contaron con grupos de extranjeros dentro de sus poblaciones. En Tenochtitlán, por ejemplo, vivía una abundante cantidad de gente de otras áreas de la cuenca de México, o incluso procedentes de partes más distantes dentro de Mesoamérica. Esto incluía a grupos organizados de artesanos, como los lapidarios, originarios de Xochimilco. Los *pochteca* (comerciantes a larga distancia) estaban vinculados étnicamente con poblaciones que residían cerca de la costa del Golfo (Calnek 1976: 288-289). Teotihuacán también contó con grandes comunidades de extranjeros, principalmente de Oaxaca, quienes habitaban su propio barrio dentro de la ciudad, así como gentes del Golfo y de la zona maya (Millon 1981: 210; Rattray 1979: 62-66).

Los restos materiales que corresponden a casas habitación en Tzintzuntzan son muy pobres, a excepción de construcciones a las que se da el nombre de "palacios", que corresponden a las habitaciones del grupo dominante (Acosta 1939). Ante la ausencia de restos arqueológicos, es la *Relación de Michoacán* (1988) la que nos indica los distintos tipos de viviendas tarascas: a) palacios: casas relativamente grandes, con varios aposentos y pórtico; b) casas: tienen un solo aposento, y pueden dividirse en varios subtipos de acuerdo con los diferentes tipos de techo; c) "ranchos": pequeñas chozas de planta circular construidas de paja o hierbas, usadas para pernoctar cuando se andaba en el monte de cacería; d) "trojes": construcciones circulares de un solo cuarto, destinadas al almacenamiento de diversas cosas; e) templos y "casas de los papas": tenían un solo cuarto de gran tamaño, con la puerta dividida por postes de madera esculpidos y pintados (Castro Leal 1986: 64-66).

2. *Zonas de manufactura.* Se descubrieron en Tzintzuntzan tres tipos de talleres líticos, de los cuales el tipo I se dedicaba a la producción de herramientas, principalmente navajas. En estos lugares se hacían herramientas básicas generalizadas, producidas y utilizadas dentro de unidades residenciales. Los talleres líticos del tipo II manufacturaban principalmente navajas burdas, lascas, artefactos con muescas o con punta, así como orejeras, bezotes, cilindros y discos de obsidiana. Finalmente, en los talleres líticos del tipo III se utilizaban grandes raspadores de



▲URNA DE CERÁMICA CON TAPADERA Y CON CENIZA EN EL INTERIOR, PROCEDENTE DE LOMA ALTA, MICHOACÁN.

obsidiana; la ausencia de restos de manufactura lítica sugiere el uso, más que la producción, de estos artefactos. Las tareas probablemente desempeñadas en estos sitios pudieron ser la preparación de pieles, el trabajo de madera, el raspado de magüey para pulque, etcétera (Pollard y Vogel 1994). Aparte de las zonas de manufactura ya mencionadas, debieron de haber existido otras donde se elaboraban las

vasijas de cerámica, así como los objetos perecederos (cestería, madera, pieles, textiles, etcétera) que no han dejado huellas arqueológicas.

3. *Zonas públicas.* La principal zona pública de Tzintzuntzan es la plataforma principal o plaza central. Existen seis grandes construcciones de piedra, o *yácatas*, sobre la parte este de la plataforma, que esta-

ban dedicadas al culto religioso. Aparte hay cuatro sitios designados como zonas públicas secundarias, que sirvieron como centros religiosos locales.

No hay áreas que parezcan haber tenido una función principalmente política o administrativa; las casas del rey eran el lugar donde se concentraba la actividad política, pero incorporaban funciones residenciales, políticas y probablemente religiosas, aparte de algunas actividades de manufactura. Otras zonas públicas que se mencionan en la *Relación de Michoacán* (1988), pero que no tenemos datos sobre su ubicación, son las siguientes: "casa de águilas" (probablemente reservada a los guerreros); cárcel; zoológico; almacenes para grano, mantas de algodón y otros bienes tributados; juego de pelota; baños; zonas comerciales (mercado); zonas de defensa; cementerios.

Los únicos sectores de Tzintzuntzan que evidencian una planeación deliberada son las zonas políticas y religiosas. A juzgar por los pocos restos arqueológicos y por la información en la *Relación de Michoacán* (1988) y en los mapas coloniales, parece poco probable que hubiera una planeación general de todo el asentamiento prehispánico. Tampoco hay evidencias de calzadas o avenidas que atravesaran el sitio. En resumen, Tzintzuntzan presenta una planeación de estructuras individuales y de algunas zonas de actividad, pero no del asentamiento total (Pollard 1993: 45-54).

Según Marcus (1983), la más simple dicotomía formal en el estudio de las ciudades preindustriales es la que existe entre ciudades planeadas y no planeadas. Las primeras frecuentemente tienen componentes rectangulares, como caminos rectos, patrón de calles en forma de retícula, y unidades repetitivas de tamaños estandarizados. El mejor ejemplo de una ciudad planificada en Mesoamérica sería el de Teotihuacán, con sus rectas avenidas, proporciones geométricas y bien organizados conjuntos habitacionales (Millon 1981).

Las ciudades no planificadas, como Tzintzuntzan, frecuentemente muestran una falta de formalidad y se caracterizan por un crecimiento radial, a diferencia del crecimiento axial de las ciudades planeadas. Muchas ciudades mesoamericanas combinan ambos aspectos, pues tienen una muy claramente planificada "ciudad interior" o centro, donde se ubican las estructuras públicas seculares y religiosas, y una "ciudad exterior" o periferia no planifi-

cada, que muestra un crecimiento residencial al azar (Marcus 1983: 196; ver también Doxiadis 1968). El caso de Copán, en las tierras bajas mayas, es muy ilustrativo de una ciudad no planificada: el patrón de asentamiento de esta urbe de fines del siglo VIII d.C. se divide en dos componentes básicos: el núcleo urbano densamente ocupado (dentro de un radio de 1 km del centro del grupo principal de edificios), que contiene la mayoría de complejos residenciales de la élite, y un sector rural o no urbano que exhibe ocupaciones progresivamente menos densas conforme se aleja uno del centro. Definitivamente no hay nada que se parezca a un plan reticular para la ciudad de Copán; los sitios y barrios exhiben un arreglo al azar (Fash 1991: 155-156).

Contamos con abundante evidencia de la existencia de barrios en Tzintzuntzan durante el periodo protohistórico. Estas unidades probablemente tuvieron funciones reguladoras del matrimonio, así como religiosas y ceremoniales. En 1593 Tzintzuntzan tenía quince barrios, cada uno de ellos con su propia capilla; en 1945 los habitantes podían recordar trece y localizar a once de ellos. Sin embargo, no ha sido posible localizarlos dentro del asentamiento prehispánico por la confusión que ha existido respecto a sus nombres y ubicaciones en los últimos 350 años (Pollard 1993: 59).

Tzintzuntzan tuvo aproximadamente quince o más unidades territoriales endogámicas con funciones ceremoniales. Por otra parte, los especialistas en distintas actividades se localizaban en barrios separados, que no tenían funciones de regulación de tenencia de la tierra, pues ésta se ejercía a nivel de toda la ciudad. La *Relación de Michoacán* (1988) indica que existía un segundo nivel de agrupamiento territorial dentro de la urbe prehispánica, una subdivisión del barrio. Esta unidad constaba de 25 hogares y se usaba para recolectar los tributos, para trabajo colectivo en obras públicas, y para la realización de censos (Pollard 1993: 59-60).

La división en barrios de las ciudades mesoamericanas no fue nada raro. Tenochtitlán, por ejemplo, estaba dividida en cuatro grandes sectores, mismos que se subdividían en *tlaxillacallis*, o barrios, que tenían los mismos nombres que las unidades conocidas como *calpullis*. Este último término se refiere a grupos sociales corporativos, y la pertenencia a ellos estaba íntimamente relacionada con la ocupación y con la membresía a ciertos tipos de grupos rituales.



En Tenochtitlán cada barrio se subdividía en grupos de casas para propósitos administrativos (Calnek 1976: 296-297). No hay ninguna evidencia que indique la existencia de *calpullis* o de algo semejante dentro de Tzintzuntzan.

Varios siglos antes que Tenochtitlán, los barrios parecen haber existido también en Teotihuacán, pudiendo haber formado entidades corporativas, constituyendo un nivel organizativo de gran importancia para la administración y control estatal, así como para la organización local de actividades (Millon 1981: 210). Finalmente, más o menos en la misma época que Teotihuacán (alrededor del 750 d.C.), la ciudad de Monte Albán, Oaxaca, contó con quince subdivisiones territoriales, incluyendo la plaza principal y sus áreas circunvecinas. La mayoría de estas subdivisiones tienen evidencias de producción artesanal, incluyendo sitios de manufactura de manos y metates, así como de cerámica, hachas, objetos de concha y de obsidiana, pedernal o cuarzo. También se puede hablar de mercados en los barrios de Monte Albán, y de espacios rituales o lugares de congregación de gente (Blanton *et al.* 1981: 95).

Las funciones políticas y religiosas fueron centrales a la naturaleza y crecimiento de Tzintzuntzan, pero la actividad económica estaba inserta dentro de otros sistemas, o era periférica a la estructura básica de poder. Como ejemplo de esto, los centros religiosos y políticos estaban centralmente ubicados, eran áreas de actividad bien demarcadas y de relativamente gran tamaño, y estaban caracterizados por un alto grado de planeación en sus estructuras, elementos y áreas. Por otra parte, las zonas comerciales y de manufactura eran periféricas y espacialmente dispersas, aparentemente sin planeación alguna asociada a ellas. En resumen, el crecimiento inicial de Tzintzuntzan parece haber sido generado por factores políticos más que económicos, lo cual contrasta grandemente con otros centros mesoamericanos como Teotihuacán o Tenochtitlán (Pollard 1993: 62).

En un reciente estudio, Pollard (1980: 677) dice que el Estado tarasco no participó plenamente en la tradición urbana mesoamericana, puesto que Tzintzuntzan fue el único centro con estatus realmente

urbano. Este Estado más bien se caracterizó por una red compleja y superpuesta de lugares centrales y especializados. Esta situación deberá de tomarse en cuenta al tratar de comparar a los sitios tarascos con otras variantes de la tradición urbana mesoamericana. Según señalan Sanders y Webster (1988: 544-545),

En un nivel todas las ciudades son únicas, y tienen características que deben de explicarse por variables que son únicas, o sea su propio marco ambiental e historia cultural. Pero en otro nivel debemos de comparar y generalizar [...] Podemos hacerlo productivamente, siempre y cuando estemos conscientes de los procesos fundamentales que afectan al desarrollo urbano en contextos socioculturales grandes.

Finalmente, las palabras del sociólogo Louis Wirth deberán de darnos la pauta para comprender la enorme diversidad dentro de la tradición urbana presente en las distintas subáreas de Mesoamérica, incluyendo a Michoacán: "cada ciudad, como cualquier otro objeto de la naturaleza, es, en un sentido, única" (Wirth 1925; citado por Marcus [1983: 195]).

COMENTARIOS FINALES

Aunque los orígenes más remotos del Estado tarasco prehispánico aún no han sido esclarecidos completamente, los datos arqueológicos parecen apuntar hacia un desarrollo *in situ* (Pollard s.f.), lo cual se ve apoyado por información lingüística que indica una antigüedad de por lo menos 4,500 años para la lengua "prototarasca" en el occidente de México, y de 2,600 años para el tarasco en Michoacán (Manrique 1975: mapas 1 y 7).

Nuestros conocimientos sobre las etapas culturales pretarascas son todavía bastante incompletos; sin embargo, las investigaciones arqueológicas de los últimos años han ido proporcionando información sobre sitios y culturas que no pocas veces denotan un muy alto grado de desarrollo, como sería el caso de Tinganio o de Loma Alta en el periodo clásico, para citar solamente dos ejemplos. Esto parece indicar que la sociedad civilizada y probablemente el Estado no hacen su aparición en Michoacán con los tarascos, como se había pensado anteriormente (ver, por ejemplo, Beltrán 1982: 12), sino que tienen una larga historia de desarrollo local, siempre enriquecida por contactos culturales con otras áreas de Mesoamérica.

◀ FIGURILLAS DE CERÁMICA PROCEDENTES DE QUERÉNDARO, MICHOACÁN.

◀ CERÁMICA ANARANJADO DELGADO DE TRADICIÓN TEOTIHUACANA. LOMA DE SANTA MARÍA, MORELIA, MICHOACÁN.



